

Josefina Vicens habla de *El libro vacío*¹

E

n un primer momento, El libro vacío se presenta como una reflexión sobre la escritura en la escritura misma.

—Ese problema de escribir y el no escribir, por los motivos que José García expresa, es completamente autobiográfico; no es una invención, es una cosa sentida por mí y que he padecido y sigo padeciendo. Mi producción es escueta y creo que se debe precisamente a eso. Entre *El libro vacío* y *Los años falsos* escribí otro libro que rompí porque no me gustó en lo absoluto. Era la historia de un hombre desahuciado, y el texto intentaba ser algo así como un término de vida. Soy muy inconforme, nunca tengo la seguridad de que lo que escriba vaya a valer (y no estoy usando falsa modestia, por favor, creánmelo, es una sensación absolutamente personal y verídica; muy dolorosa, además). A veces me da el apetito del calificativo, del adorno —que por otro lado no aplico, soy muy parca en mi manera de escribir—, y de inmediato me digo: “pero qué adorno si lo que escribo no es de adornarse sino de sentirse”. Por eso tardo mucho en decidir si estoy satisfecha con lo escrito.

Me pasó una cosa que me hizo pensar y rectificar sobre esto. Cuando se publicó *El libro vacío* me dieron las galeras y yo estaba asustadísima, lo confieso. Encontré un cúmulo de errores e hice correcciones. Pedí a Giménez Siles que me diera nuevas galeras. Otra vez correcciones y rectificaciones. Le pedí otras y me dijo: “¿Usted cree que el plomo no cuesta?” Entonces me

1 Entrevista realizada a mediados de 1986 e incluida en el libro *Josefina Vicens: la inminencia de la primera palabra*, de Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, México, Ediciones sin Nombre/ El Clasutro de Sor Juana, 2009. Se publica con la autorización de Alejandro Toledo.

puse de acuerdo con el corrector de pruebas, un anciano español, y le dije: “Por favor, mire, usted me da unas pruebas y yo vengo a las cinco de la mañana y se las entrego, para que no se entere el señor Giménez Siles”. Cumplí exactamente, a las cinco de la mañana estaba yo con todas mis correcciones. Y después le dije: “¿Me da usted otras?” Él me contestó: “Mire, niña, su libro me gusta; no lo siga corrigiendo porque se le va a secar”.

Fue como un golpe; tenía toda la razón. Desde luego, la corrección es una forma indispensable de ir escribiendo y ajustando el texto, pero cuando ya se ha terminado y se empeña uno en corregir y corregir sin cesar, se corre el peligro de que se seque lo espontáneo. Así que me dije: “bueno, así se queda, y que salga como salga”.

—*¿Lo empezó a escribir con sentido autobiográfico, o ya en el proyecto inicial era una novela?*

—Quería escribir una novela. Desde muy joven empecé a escribir cosas que rompía, pero nunca pensé dedicarme a ello ni me sentía capaz de hacerlo. *El libro vacío* fue desde su primer momento una novela, no una cosa personal —siendo algo personal. Todos los problemas de José García, siendo de la vida, son básicos; quise sin embargo que fueran expresión de lo que yo personalmente sentía. Y era el miedo de escribir y de que aquello no sirviera nada más que como un desahogo personal. Fue muy angustioso escribirlo. El mismo José García lo dice: “Yo pensaba escribir una novela con personajes, situaciones, pero todo se me fue viniendo abajo”. Él comprende que si escribía de personajes que no eran de su ámbito, le tenían que salir falsos.

Y lo único que honestamente puedo expresar es que lo que quisiera escribir, o ya está escrito en los libros que me conmueven, o será escrito algún día por otros hombres, en unos cuadernos que no se parecerán en

nada a los míos, tan tristemente llenos, éste, de impotencia, y el otro, de blanca e inútil espera.

De la espera más difícil, de la más dolorosa: la de uno mismo. Ya he tenido suficiente tiempo para darme cuenta, para saber hondamente que no puedo hacerlo. ¿Qué es lo que espero entonces? ¿Por qué me empeño en mantener vivo, abierto y ávido, ese cuaderno en el que todavía no he podido escribir una sola línea? Sé que me está esperando; su vacío me obsesiona y me tortura, pero si algo pudiera escribir en él, sería la confesión de que yo también me estoy esperando desde hace mucho tiempo, y no he llegado nunca (pp. 94-95).²

—*El libro vacío no está escrito en primera persona-escritor; es decir, usted recurrió a un personaje y a la construcción dramática. ¿Por qué ficción y no autobiografía?*

—El problema de escribir o no escribir no es ni de José García ni de Josefina Vicens, es de ambos. Es decir, aquél es reflejo de ésta. En la novela yo di a José García mi problema.

—*Pero se lo dio a través de la creación de un contexto: le creó una familia, situaciones...*

—Naturalmente, porque un problema de esa naturaleza, tan inasible, no podía sostener un libro: el personaje tenía que tener su vida propia. De esa forma este problema no queda en el aire, sino que es parte de los enormes problemas que tiene uno en la vida. José García tiene un problema secreto que no puede comunicar. Cuando alguna vez trata de exponerlo a su amigo Varela, obtiene una rara respuesta que le hace comprender que eso no lo puede comunicar a nadie.

Pero apenas había empezado a hablarle [de mis cuadernos] cuando comprendí que un muro frío nos separaba y que él, tan bueno, tan generoso, tan cuidadoso de mi vida y de nuestra amistad, no podría comprender nunca una obsesión que él mismo no fuera capaz de padecer. Tampoco puedo culparlo. Pero tampoco puede acompañarme (pp. 190-191).

2 Las citas intercaladas provienen de la edición de *El libro vacío*, México, Transición, 1978.

Y esa es mi situación personal. También es el conocimiento que tengo de los burócratas —yo lo fui mucho tiempo—, de la vida de un hombre común, de una juventud como la del hijo mayor de José y de una sensibilidad como la del hijo menor. Son cosas de la vida que he observado y que entraron naturalmente a la novela. Porque nada es fantasía. Yo no tengo fantasía.

—*El vacío como tema, ¿era la primera necesidad de la novela?*

—Sí, lo primero que se me ocurrió fue el título. La necesidad era expresar esa angustia que yo sentía frente al acto de escribir, confrontada con el conocimiento de que lo que escribía no iba a ser importante ni valioso, sino sólo un desahogo personal. Lo que sí fue preparado fue una novela en la que yo expresara lo que me atormentaba tanto. Lo primero que vino fue el título; yo sabía que iba a ser un libro vacío de acontecimientos, centrado en una vida lisa, monótona. Claro que en el transcurso de la escritura fueron surgiendo cosas. Por ejemplo, cuando empecé a escribir estaba absolutamente dispuesta a que Lorenzo muriera; tan estaba preparado que lo hice enfermizo, débil. Pero no se me pudo morir: al ir escribiendo, el personaje fue tomando una vida propia. Eso lo decimos mucho los escritores, que los personajes se independizan, pero es cierto; yo no pude matar a Lorenzo a pesar de la idea inicial. Lorenzo se defendió muy bien, creo yo.

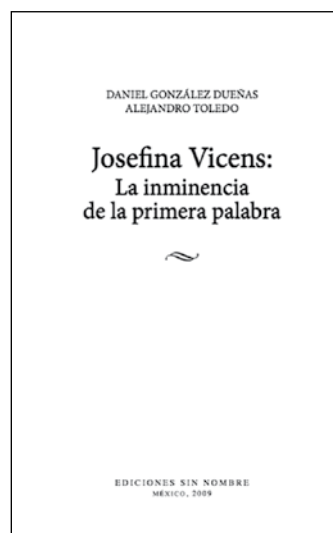
En el momento —esto es absolutamente cierto— no pude matar a Lorenzo porque él tomó una vida propia tan firme que no se dejó matar; pero luego lo he pensado ya literariamente hablando: si en una vida tan lisa entra el “pico” dramático (la “cresta”) de la muerte de un hijo —que debe ser una cosa espantosa—, entonces se me hubiera desnivelado la novela. No evadí ese clímax a propósito, lo sentí después y me alegré de no haberlo hecho. Todo esto parece bastante banal, pero es cierto: el personaje no se dejó matar, y después, ya viéndolo retrospectivamente, me parece un acierto del propio texto, no mío, pues ese pico hubiera alterado definitivamente esa lisura, esa cosa plana que tiene toda la vida de este pobre hombre.

—*Sin embargo, ese vacío al que alude el título se*

transforma en algo bastante lejano a lo que es la noción común de vacío. Ciertas lecturas del libro lo equiparan a la “nada”, lo que implica un texto que, a lo nouveau roman, renuncia a los más manidos recursos literarios. Pero esos recursos están en el libro, aunque trascendidos y polarizados: el vacío —como dice en un texto crítico Julieta Campos— se colma, lo colma el lector. ¿En qué se diferencia exactamente ese vacío de José García de ese otro vacío que podría entenderse en una lectura superficial?

Pero yo sé, únicamente, que ese vacío está lleno de mí mismo (p. 200).

—Todos tenemos un secreto que nos deleita o nos atormenta. La vida de José García es como una corriente, pues no voy a dejar caer la balanza sólo en su problema de escribir o no escribir, dejando de lado todo lo que conforma la vida de un ser humano. Esto le permite seguir viviendo, enfrentando su problema de escribir o no escribir. Tiene un problema que ni siquiera es literario. Él *necesita* escribir. No piensa: “voy a hacer literatura”; se dice: “voy a expresarme, tengo necesidad de decir algo”. Eso me pasa a



mí; si tuviera que contar mi vida exacta, también la llenaría de problemas como esos de José García. Sería una especie de fruto doloroso, a veces podrido, a veces reluciente, dentro de una vida que rodea a ese problema que a uno lo está cercando constantemente.

—*Pero existe un artificio: José García escribe en un cuaderno, digamos que de forma directa, ciertas cosas que le suceden, como parte de esa necesidad de escribir. Josefina Vicens no escribe esto de “forma directa”: hay un plan literario, un trabajo previo, un ejercicio de escritura, y de esta manera entramos en el juego de la literatura.*

—Sí, entramos en el juego de la literatura y sale un libro, pero un libro cuyo centro es precisamente la imposibilidad de escribir, de jugar ese juego. Yo hago lo mismo, yo tengo un cuaderno y escribo en él, a mano. No es un juego literario. Es una verdad porque me ocurre a mí, y la pongo en la vida de un personaje distinto.

No puedo vivir únicamente de mis verdades frías, de los conceptos que puedo sintetizar en tres líneas. Tengo que vivir también de mis debilidades, de mis dualidades y admitir que esas tres líneas, lógicas y rectas, que en determinado momento me reflejan fielmente, en otra ocasión no muy distante, o en un estado de ánimo turbulento e intrincado, me resultan escasas o estrechas o dolorosas, sin que por ello dejen de ser verdaderas. Sobre todo, no estoy imponiendo esto a nadie. Estoy diciendo sencillamente, con la misma falta de sentido y objetivo, pero con el mismo incontrolable impulso y el deleite con los que un niño se asoma al brocal de un fondo pozo, grita su nombre y escucha emocionado que aquella misteriosa oquedad lo repite. No lo grita para alguien, no lo repite alguien; lo grita él mismo, lo escucha

él mismo, pero su nombre ha sido lanzado a una profundidad de la que regresa con un tono solemne, telúrico y tan distinto de aquel en que fue pronunciado, que le hace pensar no en que es un eco, sino una respuesta o un llamado sobrenatural. Hace entonces, del negro vacío, un interlocutor, y vuelve a gritar su nombre, y luego frases cada vez más largas, cuya repetición escucha atento y conmovido (pp. 194-195).

—*¿Planeó la división en capítulos, la digresión como técnica de la novela?*

—No, porque yo no hago nada técnicamente.

—*¿Ciertas lecturas la llevaron a encontrar la estructura, el tono?*

—Tampoco leo técnicamente; en las lecturas me abandono, me deleito. Este era un problema que yo sentía desde muy joven; por fin me decidí a decir mi problema y lo hice rodeándolo de cosas humanas comunes y corrientes. Porque la vida de José García es común y corriente, no tiene nada de extraordinario.

—*Pero esa definición se baña del registro en que vibra el libro: José tiene mucho de extraordinario. En el juego de espejos, su carácter de “hombre común” equivale a verlo como un ser absolutamente excepcional, no en lo que lo fascina sino en la forma en que es fascinado. Si se diferencia de sus semejantes es en cómo mira lo ordinario (la representación convencional de lo ordinario).*

Mi mujer me pregunta por qué en la mañana, cuando despierto, me miro insistentemente las manos. Claro está que no puedo contestarle. ¡Cómo voy a saber lo que hago en ese borde sutil del despertar! Pero a veces también lo hago en plena vigilia, en la oficina, y tampoco puedo explicarlo. Es algo como realizar para mí mismo una identificación, una rápida comprobación de verdadera existencia física. Como si hubiera un grave desajuste entre lo que soy y lo que me representa, y necesitara yo, de pronto, notarme (pp. 47-48).

—Yo pienso que José García, dentro de su problema y su mediocridad, sí tiene una sensibilidad especial. Por

ejemplo cuando nace su hijo y se queda absorto mirándolo en la cuna, y es la mujer quien lo trae a la realidad.

Cuando nació José, mi mujer vivió el acontecimiento con gran naturalidad. ¡Nunca la he visto más contenta! Tomaba al niño en sus brazos, lo cambiaba, lo mecía, le hablaba. Se reía de mí y me decía que estaba enamorado de mi hijo, porque yo permanecía horas enteras ante él, serio, silencioso, mirándolo únicamente.

—¡Por favor, José, déjalo, lo vas a hipnotizar! (p. 104).

Y entonces hace las consideraciones de cómo es posible que, en el momento del amor, en el momento de la unión con su mujer, no se haya pensado en el ser humano que iba a nacer. Y ella le hace ver que eso no se piensa; le dice: “Pobre niño si hubiéramos pensado en él, no nos perdonaría la premeditación”. Él entonces descansa; descansa cuando la sabiduría femenina le hace ver que son cosas que él elabora en su mente... elaboradas pero sinceras, a fin de cuentas.

—*La elección de un personaje masculino, ¿no es una manera de establecer una cierta frontera entre autora y personaje, es decir, para separar lo anecdótico y dejar intacto lo esencial? Porque si el protagonista fuera una mujer, la frontera estaría totalmente difusa, no se sabría en dónde termina la autora y comienza el personaje.*

—Tenía que ser un hombre absolutamente común, con los problemas de un hombre común. Conozco muy bien esos problemas porque he tratado más con hombres que con mujeres, por cuestiones de trabajo y de lo cotidiano. Me interesa la psicología masculina, los problemas que abaten al varón, los que lo enorgullecen. Tal vez me hubiera sido muy difícil escribirlo en femenino porque entonces yo me habría entremezclado en el asunto.

Hubiera sido falso, petulante. ¿Por qué voy a escribir una autobiografía? ¿Quién soy? Nadie. Una persona que ha vivido intensamente, temerariamente, que ha tenido una serie de actividades, que disfruta mucho de la vida, que padece mucho de la vida. Son problemas diferentes: en el libro yo quería poner uno solo, el de escribir o no escribir, por eso se lo adjudiqué a José García y le creé su familia y su entorno. Ni siquiera se necesita conocer

experiencias de varones, se necesita haber vivido. Yo tenía una edad madura cuando escribí *El libro vacío*. Había escrito desde muy joven, pero nada me gustaba; no es que a mi primer libro lo califique de “gran” libro; la crítica, que ha sido magnífica, me ha hecho pensar que no es malo.

Me han preguntado mucho por qué no doy importancia a la mujer de José García. A mí tal pregunta me parece una falta de observación o sensibilidad, porque la mujer de José es sabia. Es quien en un momento dado resuelve los problemas. Es el soporte del hogar. Cuando el hijo tiene el lío con la mesera, la esposa de José resuelve la situación de una manera que a José le parece de una brusquedad espantosa.

—¿Crees que José no volverá a ver a esa mujer?

—No, ¡iqué voy a creer!: la buscará mañana mismo. No puede hacer otra cosa el pobre.

—Pero... ¿y entonces?

—Lo volveré a regañar. Yo tampoco puedo hacer otra cosa.

Después, sin transición, como si no hubiera sucedido nada:

—Acábate ese café, ya debe estar frío (p. 139).

Es esa sabiduría que tenemos las mujeres, la sabiduría diaria, terrena, inmediata —independientemente de que haya en la mujer otros tipos de sabiduría. Yo no pienso en términos de literatura “masculina” o “femenina”. Hay literatura, buena o mala, a veces de hombres, a veces de mujeres.

También me preguntan a menudo por qué uso personajes varones. Respondo que no lo sé, que eso es lo que me inspira, eso es lo que quise decir en los libros que he escrito. Toda proporción guardada y con toda humildad, hay que preguntarse por qué Flaubert tiene su mejor obra en *Madame Bovary*, por qué escogió un

personaje femenino tan complejo. Son términos de observación de la vida. Tanta sensibilidad puede tener un hombre como una mujer; al varón la sociedad le exige mucho, y a veces el hombre quisiera dejarse caer —y muchos lo hacen, naturalmente. Pero en general del hombre se espera la reciedumbre, el valor, desde pequeños se les dice “los hombres no lloran”. Llorar el ser humano, por favor.

Yo en cuestiones de sentimientos no hago gran diferencia; sí creo que las mujeres son más sabias porque son interioridad; el hombre tiene más oportunidad de expresarse hacia fuera, y tiene más campo de acción. El mismo enclaustramiento en que la mujer tiene que estar la hace más aguda en muchísimas cosas; una mujer puede tranquilamente hacer lo que quiera de un hombre haciéndolo creer que él es quien manda. El varón en eso es más sincero, más directo, más abierto, y la mujer debe buscar más vericuetos.

Por lo demás, sobre personajes femeninos no se me ha ocurrido escribir. De los protagonistas de *El libro vacío* y *Los años falsos* (José García y Luis Alfonso), uno es un hombre maduro y el otro un adolescente al que le han robado la vida tratando de hacerle bien.

—*¿Cómo surgió la versión francesa de El libro vacío?*

—De forma muy curiosa. Yo estaba en una fiesta en casa de Alfonso Caso, y se me acercaron Dominique Eluard y Alaíde Foppa para preguntarme si permitía que tradujeran el libro al francés. Yo, con una ingenuidad espantosa, les dije que no tenía dinero. Y se rieron. “¿Quién le está pidiendo dinero?” Lo tradujeron con mucho cariño. Yo sé muy poco francés; se juntaron y cada quince días me llamaban y me decían: “Mira, esta palabra en francés puede significar esto, esto o esto, ¿cuál te satisface más?” Yo lo dejaba a su criterio y me limitaba a señalar las que yo hubiera elegido.

Dominique se lo llevó a Francia y se publicó inmediatamente, en Julliard. Me pidieron permiso para cambiar el título porque en francés *Le livre vide* sonaba mal, y me propusieron *Le cahier clandestin*, “el cuaderno clandestino”, que me pareció muy bien. Como cuando lo editó Transición, he tenido una suerte increíble: jamás he hablado con un editor. En Francia fue bastante bien recibido. Parece que la edición se agotó, yo no tengo sino un ejemplar.

—*¿Podría considerarse a José García como un personaje trágico?*

—No. Es un personaje doliente pero no propiamente trágico. Tiene su imaginación, tiene una mujer que lo acompaña... José habla mucho de la convivencia. Este hombre tiene sus hijos, tiene su vida.

—*Pero existe un sentido de la fatalidad, de su deseo fatal que lo hace “enemigo de sí mismo”.*

De mí, ¿qué podría decir? Nada, no sé, no sé lo que me pasa. Pero en este instante, después de haber imaginado una libertad que tal vez me permitiría escribir, que es una forma de expresarme, pero que me impediría vivir mi realidad diaria y entrañable, que es otra esencial forma de expresión, sé que antes que escritor, suponiendo que llegara a serlo, soy lo que he sido y seré siempre: un hombre que necesita escribir y vivir encerrado en su cárcel natural e intransferible (p. 213).

Mi mujer tolera que escriba, como tolera todo lo que hago, pero no tiene el menor interés. [...] No puedo culparla. [...] No podrá entender nunca que no me es posible hacer otra cosa (pp. 187-188).

—En eso podríamos admitir el calificativo de trágico, en eso sí es trágico porque sufre. Lo dice: “Me levanto exhausto”, sin haber escrito una página en que esté todo eso que él piensa que debe llevar una buena página. José García siempre está defraudado por sí mismo en su necesidad de escribir. Es un hombre con una tragedia pero no de tamaño épico. Es una tragedia muy pequeña, muy

asumida, y que tiene compensaciones. Su vida es monótona, no trágica.

—*Y precisamente porque su vida es monótona y no especialmente atroz o llena de acontecimientos fuertes, se resalta todavía más el deseo de escribir. Ese deseo crece y crece a medida que no se satisface.*

—José tiene cada vez más el conocimiento de que no va a poder escribir el libro. En ese terreno sí es muy doloroso, pero al mismo tiempo es su actividad. Porque se necesita del dolor para vivir plenamente. Si todo sucede bien, no hay contraste. Placer y dolor, satisfacción e insatisfacción; la gama de la vida es tan llena, tan variada, que cada vida es especial, cada ser humano tan distinto a otro, más allá de sentimientos y simpatías. Cada cabeza es en verdad un mundo.

—*Una gama tan rica que quizá la literatura no puede agotar.*

—Claro que no puede agotarla. La vida de cada ser es irrepetible y tiene su contorno propio, del que a veces ni se da cuenta porque no lo está analizando constantemente. Si uno analizara cada situación no viviría, nada más observaría.

Nuestra realidad no puede expresarse fácilmente: sentida, vivida, es recia y conmovedora; narrada, aun con la más legal sobriedad, se deforma extrañamente y adquiere algo de queja indigna (p. 169).

—*José García tiene precisamente esa conciencia y se rehúsa a caer en las convenciones, en tratar de describir o adoptar una vida a través de los lugares comunes, las grandes afirmaciones, las generalizaciones. Él se niega a*

ello y de ahí su vacío: quizá necesita otro método más profundo para hablar de su propia vida sin traicionarla.

Verdaderamente no sé qué sería del hombre si no tuviera dentro de sí, escondidos, superpuestos, sumergidos, adyacentes, provisionales, otros muchos hombres que no sólo no destruyen su personalidad, sino que la constituyen al ampliarla, repetirla y hacerla posible de adaptación a las más variadas circunstancias de la vida (p. 193).

—Su vida está circunscrita a la vida. Por eso sueña a veces irse a un puerto y cambiarse de nombre para entonces sí poder decir que está escribiendo una novela, que es escritor. Pero son sueños, como sueña debajo de la regadera que es un capitán de barco en una tempestad.



Son las huidas que tiene uno siempre. Él quisiera tener que contar cosas distintas a su vida diaria.

Mis promesas rotas, mis cambios de opinión, mis dualidades emotivas, todas mis contradicciones parecen menos graves cuando simplemente las pienso o las hablo. La expresión oral y el pensamiento tienen una esencia efímera que no compromete. Lo que da una impresión de informalidad e inconsistencia es la frecuente rectificación de los conceptos que se consignan por escrito, como supuesto fruto de largas y concienzudas meditaciones, o la de una verdad que nos parece incontrovertible y que afirmamos como tal, con igual firmeza que unos días después afirmaremos otra que niega la anterior (p. 196).

Él quisiera tener en su imaginación un material riquísimo, pero el pobre no tiene imaginación ni grandes recursos literarios para escribir un libro que estremezca. Tiene que atenerse a su problema, que es tremendo —y es lo que constituye el libro— y a su ámbito, que en el fondo ama mucho, como ama a su mujer y a sus hijos.

—*Quizás ese rechazo al recurso literario y a las técnicas de la descripción es su mayor riqueza.*

—Sí, pero él no lo sabe. *El libro vacío* resultó ser rico por eso. José García comprende que si inventa, lo que resulte va a ser falso.

Falso, todo falso.

El encuentro con lo que he escrito algunos días antes, siempre me desagrada. Digo, con aparente modestia: “murió José García; ¿a quién se lo participan?” Y con eso, seguramente quise dar la impresión de que conozco mi pequeña medida y me conformo con ella. Y ahora, en este momento, unos cuantos días después, estoy sintiendo la trascendencia de mi muerte,

de la mía, sí, precisamente por mía. Y siento que me importa tanto, que este interés tiene que ser compartido por miles, por millones de gentes a quienes mi muerte tiene también que interesar y estremecer. [...]

Sin embargo, siempre que escribo digo lo que siento, aunque una cosa niegue a la anterior. Soy un hombre con tantas verdades momentáneas, que no sé cuál es la verdad. Tal vez el tener tantas sea mi verdad única, pero de todos modos, quisiera ser más firme, más rotundo (pp. 89-90).

Su necesidad de escribir es profunda y personalísima, y forma parte de su vida. Él, imposibilitado para escribir pero con la necesidad de escribir, se desdobra, es como otro personaje, parte de él.

Hay algo independiente y poderoso que actúa dentro de mí, vigilado por mí, contenido por mí, pero nunca vencido. Es como ser dos. Dos que dan vueltas constantemente, persiguiéndose. Pero a veces me he preguntado: ¿quién a quién? Llega a perderse todo sentido. Lo único que preocupa es que no se alcancen. Sin embargo debe haber ocurrido ya, porque aquí estoy, haciéndolo (p. 12).

Dos, como hay dos cuadernos. Claro que él quisiera no tener necesidad de escribir, pero no puede evitarlo. En eso sí soy totalmente autobiográfica. A mí me pasa lo mismo. Yo quisiera tener una gran imaginación, desbordante, y escribir cosas impresionantes, pero ¿de dónde?

—*José añora el artificio, pero por algo no puede alcanzarlo.*

—En los escritores imaginativos ya no es artificio el uso de la imaginación. Ellos deliran y obtienen situaciones trepidantes, magníficas, logran trascender el artificio y llegar a lo mismo que quiere José. Pero José no tiene con qué.

—*Esta idea de los dos cuadernos, ¿qué seguridad tenemos de estar leyendo el cuaderno en sucio? Quizás el cuaderno que estamos leyendo es el que “limpió” José García, el cuaderno en limpio que él presenta como si fuera en sucio.*

—No, eso sería una trampa, y José García no hace trampas.

—Sí, pero nosotros como lectores, ¿cómo sabemos que no haya ajustado ciertas reflexiones del primer cuaderno para dejarlas intactas o apenas trabajadas en el segundo, como una forma de ser fiel a sí mismo?

—Si doy esa idea no logro lo que quiero, porque no es así. En eso somos iguales José y yo. Tenemos un cuaderno y quisiéramos que ese cuaderno se convirtiera en algo interesantísimo para todo el mundo, pero tenemos una determinada medida y ciertos recursos. Si parece un artificio, si parece que nos está dando el segundo cuaderno, ya como novela, entonces no logré mi objetivo.

—Hay un trabajo en la escritura; no es lo que cabría suponer en un cuaderno en sucio.

—Es el estilo seco y árido que tengo, del que habla Julieta Campos. Pero hay ideas que por supuesto me obsesionan.

—Esa prosa no es tanto seca o árida como elegante, sobria, muy medida. ¿Es esto a lo que usted se refería al aludir a esa riqueza que él no sabe que tiene?

—Eso lo sabemos ahora nosotros. Pero esa riqueza, si existe, yo no sé si la poseo.

—Por ejemplo, José escribe: “No usar la voz íntima sino el gran rumor”. Una frase redonda, precisa. José no sabe lo que quiere, pero sabe lo que no quiere, “no usar la voz íntima”.

—Él no quiere contar su vida.

No es que deseara contar mi vida cronológicamente, con su raíz y sus frutos, principiando el relato asido a la falda de mi madre y terminándolo con mis hijos prendidos de la mano. ¡No, Dios mío! ¿Qué puede contar de su vida un hombre como yo? Si nunca, antes de ahora, le ha ocurrido nada, y lo que ahora le ocurre no puede contarlos porque precisamente eso es lo que le ocurre: que necesita contarlos y no puede. Pero no se trata de sucesos, de acontecimientos con fecha, personajes y desenlace. No. ¿Cómo decirlo? Se trata de escribir, y entonces, necesariamente,

hay que marcar un tema, pero más que marcarlo, porque no tengo el tema que interese a todos, hay que desvanecerlo, diluirlo en las palabras mismas. ¡Otra vez las palabras! ¡Cómo atormentan! La verdad es que yo no puedo inventar algo ni a alguien y entonces necesito llenar con palabras ese hueco, ese vacío inicial. Pero con tales palabras, tan convincentes, que no se perciba la existencia del hueco, que no sea un ir poniendo, rellenando, dejando caer, sino un transformar, hasta que sin tema, sin materia, el vacío desaparezca (pp. 31-32).

Quiere imaginar, quiere inventar, pero ni su capacidad ni su ámbito, ni su vida común y corriente se lo permiten. Sabe que el hueco de un hombre en la vida no puede ser llenado con nada. Cosa que para pensarla no se necesita ser un fantasioso. Es algo que creo profundamente: podrá haber seres afines pero no idénticos: su cielo y su infierno son irrepetibles.LC